

1.

Las copas de los
árboles,
como si fueran
nubes
de un cielo caído,
nidos pegados al
aire,
colgados de las
ramas azules del
cielo,
de los clavos de
la brisa,
me sonreían.

Los árboles,
con sus copas y
ramas,
cual si fueran
nubarrones
de su cielo
caídos.

2.

El grito de dolor,
el hemisferio
duro de la
sequedad y la

dolida
tierra en que
brotaron
tambaleantes
los temores, las
angustias, las
espinas,
quisieron
ocultarte de mí;
que no te viera;
oh Dios, ardor y
vaciamiento de
mi vista;
la postración de
mi carne, la
dureza
de mi soberbia
cerviz, hacían la
herida
sangrar más, pero
alcancé a tocarte
en ella,
a ti mismo, oh
Dios, que ni de
día
ni de noche
abandonas; que
mueves nuestro
aire

y nuestras ramas
con tu espíritu,
vigía
atento, centinela
alerta en el
hondón
del alma, en la
entraña viva
del espíritu. Todo
eso fabricaste
para tener los dos
más cercanía.

3.

Tu manto fue,
Señor, como una
sombra,
que se posó en la
angustia de la
tierra,
que se quejaba de
abandono y
llanto,
y se dolía de
soledades. Pero
en todo estás,
Señor, aunque
mis ojos
vayan buscando
cosas diferentes
en que posarse;
sales a su
encuentro,
y los atrapas con
tu maravilla.

Presente Dios,
aunque lugar
quisiera
para otras cosas,
aunque la
alborada
inflame el aire de
mis
pensamientos,
allí apareces.

A pesar
de mi alma
ausente y dura,
distráida y coja,
llegas a tiempo
para despertarla.

Vences con tu
aire el follaje de
mis miedos,
y veo a través de
los ojos de mi
carne
tu majestad sutil,
quieta y flotante
en el entorno,
asombrado y
pétreo
al que cubrió tu
sombra, como un
manto.

4.

A pesar del frío,
el sol, atrapado en

las ramas,
pegado,
relamiendo lo aún
verde
de los árboles,
se defendía de la
sombra, furioso,
que venía
incontenible a
encerrarlo
en la noche.

Mientras tanto,
de las tierras de
uno mismo
habían surgido
otros árboles,
otras ramas,
distintos,
extraños;
que no son lo que
todos,
sino nutridos en
el misterio y su
savía.
Así,
con tardanza,
pero
decididamente,
navegamos,
Señor, por la
noche
hacia tu cara.

5.

Qué bueno sería
expresar esta
tristeza.
Pero, ¿cómo
expresarla?
Incluso
¿cómo vivirla, si
aún
no la he
alcanzado? Se fue
por el aire, apenas
la dije. Pero
queda
su huella, su
presencia, su
aroma, su
vida. No pudo
salir de nuestros
ojos a sus manos;
y tuvimos que
soltarla,
contristados, muy
contristados de
nuevo;
como por un
amigo que se va,
y nos deja
una tristeza que
es tan sólo
recuerdo.

Escribo este
poema y me salta
a la memoria mi

infancia, como un
ánima
en pena, como un
fantasma.
Los dedos de los
años acudieron
a contarse ellos
mismos en mi
frente,
enfebrecida,
tórrida de
recuerdos.
Como un ánima.

6.

Se tropiezan mis
palabras
en la lengua.
Y quiero decir
otras cosas.
Pero sales tú,
Señor,
inundándolo todo
de solaz, de
indigencia
de ti,
cuando somos
sinceros
y vemos nuestra
vida contingente.
Más allá del
olvido y la
memoria,
más allá de la
razón y del
origen,

te veo, te alcanzo
a mirar,
te vislumbro a
penas...
El mundo
se enciende de
amor a tu paso,
tu paso entre las
frondas.
Te bebes
la emoción de la
tarde, y dejas
un rumor nuevo,
de
estremecimientos.
Dejarse tocar por
los sentimientos,
y tocarlos a ellos,
y recibir el don
del Espíritu Santo
por nada, como
un obsequio.

7.

Vienes del gozo
hacia la niebla,
regalo
del cielo a la
tierra,
que cunde en
nuestros rostros
y en nuestras
almas,
cuando en la
fronda captamos
destellos

ignorados de
presencia,
cargados de Dios,
que nos entrega
su risa
desbordada por
los aires,
su risa derramada
por los ríos,
su risa que
penetra las
arenas,
y que incendia
con su fuego
nuestra carne,
haciéndonos
enloquecer de
amor,
estremecidos,
en la fronda
interna de la vida,
ahora lugar
maravilloso.

8.

Cuando llegamos,
las cosas carecían
aún de nombre,
todavía
no estaban
circunscritas
a su ámbito.
Quisimos
hallarlas, decirlas,
darles su esencia.
Y

te metiste de
improviso, oh
Dios,
en nuestra
expresión,
inevitablemente,
ineludiblemente,
ya cadena gozosa
ella, que ata
a un inevitable
amor, ineludible.

*9. Camino de
Xalapa*

Los maizales,
frutecidos,
asoman sus
rubias crestas
a nuestra
melancolía.

La neblina hace
diáfano
el húmedo aire,
ya de suyo
iluminado
de chorreante sol,
mojado de luz
brillante;
como
protegiendo al
monte,
como
resguardando al
valle
de demasiada luz

y
demasiados
sobresaltos.

Tenue vellón
de hierba,
que miras nuestro
paso,
como llovizna de
presencias,

miradas,

pisadas.

Con tanta
diafanidad,
de arco iris,
la vida se pone
irisada.

Y así vamos
por los montes,
ebrios de Dios,
a contemplar la
tarde.

10.

Eres el que todo
lo ha hecho,
el que todo lo
sustenta, el que
todo lo ha amado.
Eres la razón de
todo, en el viaje
desbocado de la
fantasía. Palabra

y aliento,
principio y fin, el
que contiene
los perfectos
ejemplares de las
cosas,
los prototipos. El
sueño
nos conecta
contigo, nos
pronuncia
desde lo más
interno.
Eres mi padre,
y mi hijo, y mi
hermano.
Todo es efímero
y pasa;
tú eres placer que
no cesa,
gozo
interminable.

11.

La tarde se
pegaba al monte,
se recortaba por
él, se deslizaba
en su perfil de
luz.
Mezcla de
sombras y de
incendios,
de sombras en los
árboles,
de lumbres en las

nubes,
y en las hojas,
nubes de follaje
electrizado.
Y tú, Señor,
brindándonos tu
paz,
mezcla de
sombras y de
incendios.

Qué arrebató,
Señor,
por tu presencia,
sentida en el
atardecer
de luz y de
oscuridad.

Los tonos de la
sombra,
confundidos con
los tonos del
verde de los
árboles,
iban opacando las
luces adheridas a
las ramas,
como una lluvia
de tiniebla.

Pero, allá al
fondo,
brillaba tu luz,
inmarcesible,
mezcla de
incendio y de
sombra.

12.

Sintiéndome
como en un
mundo
al que no
perteneciera,
he llegado a
asomarme
a una vida nueva.
Renaciendo,
oh Dios,
desde mi olvido
de ti,
por obra de la
angustia.
He salido
de mi silencio
dolorido
hacia el aire
de fuego del
afecto.

Y tuve que pasar
por muchas cosas
terribles, para
reencontrar tu
rostro,
dejado a
propósito para
hallarlo;
camino de
ocultamiento, de
sombra,
para sortear la
soberbia, el
sinsentido,
y el desamor que

nos lleva al
olvido
de ti y de los
demás, apenas
nuestros.

13. *Saliendo de
Xalapa*

A pesar de la
niebla,
miro el verdor de
los montes.
A pesar del
olvido,
veo las cosas ya
idas.
El viento me las
agita
 y desordena.
Pero vuelven,
 y me
llaman.
A través de la
espesura,
adivino mil
pájaros.
A través de los
ruidos,
adivino el
silencio.
A través de mi
desvío,
siento tu
presencia, oh
Dios,
que llueve, que

cae, que
desciende
hasta el húmedo
pasto,
aguacero tú,

tormenta de ti
mismo.

14. *Luz del ocaso*

Nos das, de Dios,
el rostro puro,
luz que
desciendes por el
aire,
inflamándolo,
trascendiéndolo,
inminente;
y quedas
suspensa por el
viento,
sorprendido del
incendio, hecho
ya diáfano,
por la bruma,
incendiada
también, neblina
plúmbea,
que desliza tu sol
sobre su cuerpo,
y lo esconde y lo
agiganta a un
tiempo.
Incendio del aire,
vas andando

por las ramas de
los árboles,
trazando
sus figuras de
ocaso,
pintándolas
de emoción y de
fuerza inagotable.

Lamiendo las
ramas, reptando
por ellas,
goteando desde
ellas hasta el
suelo.

Luz cenital, grito
sin estruendo,
cómo me traes a
Dios, cómo me
mientes
su presencia, con
gozo, destilando,
chorreando por
todo este jardín
en tarde,
brillante hasta
cegar,
encandilado,
por el recuerdo de
Dios que me has
traído.

15.

El sol se filtra por
las ramas;
descubre diversos
planos, muchos

fondos,
varias
profundidades,
horizontes
múltiples en el
ser,
como si fueran
dimensiones que
se entrecruzan.
Brillan las hojas,
como si
exhalaran un
pequeño grito
luminoso.
Brillan los ojos
nuestros, como si
de ellos
participaran su
luz las cosas.
Todo gravita
en torno a la luz
de esta hoja,
la más pequeña.
Se escabullen los
momentos,
brillantes
también,
caminando junto
a nosotros.

16.

La universidad se
quedó sola.
Atardecer dulce y
tibio de las
labores.

Termina todo,
dando nostalgia.
Una delicada
tristeza,
mansedumbre y
soledad,
y silencio, como
con cierto duelo.
Deseo de volver
pronto,
de salir de este
descanso.
En cambio,
el día de descanso
real, el que
menciona
San Agustín,
tanto al final
de *La Ciudad de
Dios*, como al
final de
sus *Confesiones*,
es decir, el del
último día,
será el descanso
interminable;
pero sin nostalgia
ni tristeza.
Sólo cabrá el
gozo.
¿El gozo tan
sólo? Sí, gozo ya
infinito. ¿En
dónde el gozo?
En el alma,
en la luz de una
fiesta que no
acaba.

17.

Señor Dios, bajas
tu mano,
y mueves las
hojas de los
árboles,
mueves los mares
de alfalfa,
y los manojos de
hierba.
Mueves los
montes, que
espejean
de reojo tu cara, y
te cantan
con su pétreo voz
de aire.
Muéveslo todo.
Mueves el
cosmos entero.
Mueves mi
corazón,
que te sigue,
agradecido,
porque le das una
alegría
misteriosa,
un gozo
incomprensible y
extrañado.

18.

En cada
respiración

vamos exhalando
el aliento,
espirando y
expirando,
sacando el
impulso,
agotándolo,
dejándolo poco a
poco exhausto.
Aniquilación
paulatina,
que refleja la
vida.

19. *Ícono*

Chirrió el ave,
en las márgenes
de la luz,
en lo último de la
tarde.
Saludando a lo
que todavía
quedaba de luz en
las ramas y en el
aire.
Y sentí que todas
las cosas,
en ese solo
instante,
saludaban a
través de su canto
a toda la luz, y a
la cambiante
cara de todos los
fuegos,
suspendidos en

esa margen
de la noche que
avanzaba.

Y sentí que todos
los follajes,
arbolados en las
nubes,
llenos ya de
plomo y a la vez
centelleantes,
disparaban su
alegría, como
despedida,
en la voz de aquel
pájaro, en el
brillo de su
plumaje,
alegres de
hundirse en la
tiniebla,
alegres de
desaparecer de
nuestras
imágenes.

Nos representó a
todos, el ave,
con su grito
glorioso, de
alegría reverente
por el fuego que
cae.

Nos representó en
su decir adiós
a la luz que de
pronto se sale.

20. *Palabras a un
hijo imaginario*

Y convicciones
difíciles
(religión,
metafísica,
naturaleza
humana...)
no temas;
adóptalas.
Que la historia se
ajuste
a tus
convicciones. Y
no que tú
ajustes tus
convicciones a la
historia
(en el sentido de
plegarlas a la
moda).
Y no les temas,
dales tus mejores
argumentos,
que, al fin y al
cabo,
ellas resistirán los
embates de otros,
y del tiempo,
como si se
hubieran
defendido solas.

A convicciones
difíciles
vale la pena

rendir, más que tu
pluma,
tu alma.
Si están en los
otros también,
ocultas, negadas,
esperando que tú
las despiertes,
buscando tus
pretextos para
reanimarse.

21.

Llega la bruma,
y se enciende con
la luz,
se vuelve diáfana;
sus mil y mil
pequeñas gotas
brillan.
Y hacen una
esfera que se
inflama.
Las hojas verdes
destellan,
lamidas por el
sol,
y se mueven,
nerviosas por el
aire.

22.

Se siente que
anochece, que se

mueve
la tiniebla por
verdes vericuetos.
Se desplaza por el
alma, hacia la
tarde,
y la ennegrece.
Pero surge la luz
y se le opone.
Averiendo la
nada,
desgarrando el
oscuro abismo,
agotamos la vida,
a pesar de que
acumulamos
muerte.

Se nos dio todo
por gratuidad.
Se nos dio la
vida, el ser.
Se nos dio a Jesús
gratuitamente.
En gratuidad
avanzamos,
bogamos,
caminamos.

En el interior de
todos los seres
relativos
resuma el
absoluto,
abundante,
trascendiéndolos;
los relativos le
abren sus bocas,

anhelantes.
Así, fauces
inquietas,
nuestras almas,
quieren recibirlo.
Sale de ellas su
grito,
como una acción
que creara su
propio ser
ella misma,
como una
actividad que,
sola, surgiera
y produjera el
ente al que
pertenece.

23.

Nuestro horror al
vacío
nos hace
imaginar
asideros, mitos;
poblar los
espacios,
como altar
barroco, de
santos,
de símbolos e
íconos que nos
llaman,
que nos muestran
la analogía con lo
otro,
que tenemos

oculto, y nos
aquietan.
Que si es ángel, o
no es ángel, ¿qué
importa?
Es un anuncio,
evidente ya,
después de tanto
silencio que lo
ocultaba.

24.

Me rompe la
vida,
me desgarras el
interior,
tanta luz tuya,
Señor.
¿Cómo recibirla
y, sobre todo,
cómo transmitirla
hermanable?
Opacada por
nosotros,
llega con la
fuerza de tu
espíritu,
y remedia nuestra
pobreza,
de iluminación.
Resucitas lo
muerto
en nosotros, lo
caído
en desesperación,

en varias
desesperaciones
que no acaban.

25.

Veo una
fotografía
antigua, un
retrato,
de mi madre de
niña.
Con su vestidito
campesino, y su
blanco delantal
encima.
Unos ojos negros
y vivaces,
escudriñando con
ceño torcido
al que la veía y la
retrataba.

En tu cabello
castaño, en el
breve moño,
Madre,
se posó mi
mirada,
y se anudó mi
garganta.

Qué pequeña
eras, con qué
limpieza e
inocencia

se tendían tus
ojos hacia el
espacio.
Como si también
se tendieran hacia
el tiempo.
En tus pequeños
ojos me miro, me
adivino.
Tú no podías
preverme, pero en
tu afecto
ya se anunciaba
la ternura
sorprendida de
esa criatura que
fuiste,
que miraba de
frente, con
derechura y con
asombro.

No podías verme
aún; no, Madre.
Pero en el brillo
de tus ojos negros
estaba casi
presente.
En ellos
se reservó la
mirada suficiente
para esperarme;
esos ojos de niña,
azorada
de soñarme.

Parece que me
veías a mí,

con esa mirada
frontal,
penetrante,
de niña
campesina,
serena,
en la puerta de su
casa,
que daba al patio
y a la tarde.

26.

Como saliendo de
un sueño,
llegué al presente.

Salí a mis
recuerdos,
y te encontré,
madre,
en un rincón del
tiempo,
del tiempo que
guardo.

Siempre serás,
madre,
aquella jovencita
hermosa
que conocí
con un niño de la
mano
por aquella calle.

27.

Oh, Señor, cómo
difuminas
el rojo de las
magnolias
en el fuego del
sol, ya caído, de
la tarde;
cual si fuera
perfume el color,
cual si estuviese
nadando como un
aroma,
entre las ramas y
las cosas.

Cómo penetras e
inundas
en el fuego de tu
sol los árboles,
como si no
bastara su fronda
oscura
y su misterio
para impedir su
paso, y los
incendias
por última vez en
este día,
con fervores
temblorosos,
como alguien
que,
distráidamente,
agitara su agua.

28.

Gemimos en
desiertos oscuros,
flagelados por
helados vientos,
buscando
socorro.

A ayudarnos ha
acudido
Dios, que nos dio
cobijo.

Pero nos puso
una escala,
escala de Jacob,
que toca la tierra
y el cielo,
horadando las
nubes.

Es el símbolo.

Con los pies en el
suelo,
se alza, se
levanta, llega
hasta el techo del
cielo,
asoma la cabeza a
las estrellas,
y mira las
luminarias.

Es el símbolo.

Con base en la
poesía
de esta tierra, se

escapa y huye,
y se esconde y
salta,
a las cumbres
metafísicas,
y llega, y se
distiende,
y distiende al
hombre, lo calma
y lo regocija, le
da sentido.

Es el símbolo.

29.

Es sólo una clave.
Nada más.
Pero nada menos.
Cuando en el
bosque perdidos
vagamos,
acude a nosotros,
nos vuelve al
camino.
Lenguaje cifrado,
exhibe lo que
esconde,
para quien tenga
en los ojos
el deseo de leerlo.

Es el símbolo.

Aun sin darnos
cuenta,
una vez

descifrado
-y puede ser por
un azar del
destino-,
nos toma y nos
empuja,
nos lanza,
indetenible,
a lo otro, hacia el
sentido.
Suave brisa,
esconde
huracanes y
borrascas;
hace subir
montañas
y cielos,
tempestades de
amor
y de significado.

Es el símbolo.

Cuando ser
generoso
es un placer,
cuando nos
alegramos por el
otro
sin envidiar,
cuando vamos
por el prójimo
sin nada esperar,
cuando el mundo
nos grita
su espesor,
cuando la música
celeste

podemos oír,
cuando, sobre
todo, entre
nosotros
se da el amor,

es el símbolo.

30.

Y dar esperanza,
esto es,
dar sentido al
hombre,
ha sido siempre
mi deseo.
Caminar
surcando la vía,
señalando
tercamente a los
demás un sendero
que a veces
parece que sólo
yo veo,
y todos se ríen y
me escarnecen.
Y vi que mi
deseo era el
sendero mismo,
el sentido, y la
esperanza, a la
par, sin viento
de tormenta, ni
confusión.
Y mi deseo me
marcó la senda
y me hizo llegar a

ti, oh Dios,
brillando en
nuestras risas.
De risas de
escarnio se
volvieron
risas de emoción,
llegamos al
exceso,
y nos durmieron.
Y ahora hay
deseo firme,
sentido seguro y
esperanza
cumplida.

31. *Con eso basta*

Cada instante
canta, antes
de desaparecer en
la nada.
Vamos
pastoreándolos,
pastoreando
instantes,
pastoreando
lo que por allí se
encuentra,
en el mundo,
lo mostrenco,
nosotros mismos,
seres errantes.

Pero con eso nos
basta;
el instante se

detiene,
se nos pone
delante, se alegra,
se hace
infinito, de
repente, y en él
nos muestra la
eternidad;
lo necesario y lo
contingente
se besan y se
unen, se hacen
uno,
lo universal se
encarna
en lo singular, y
llevan
allá nuestro
corazón,
y vemos en una
partícula el todo.

No. No es verdad.
El todo no. Más
allá.
No solamente el
todo,
más allá del todo,
brillando,
tocamos el
infinito, nos
acercamos
a él con deleite, y
hasta
vislumbramos a
Dios.

Rastreros,
desarrapados,
algunas veces
vemos
el todo en el
fragmento.
Y con eso nos
basta.

32. *Heidegger*

El que veía el Ser
detrás de toda
intuición, el que
decía
la palabra poética
que acompaña al
Sentido,
que da luz al
existir.

Caminos que se
entrecruzan,
vueltas
que no llevan a
ninguna parte,
cruzadas por el
solo placer de
transitarlas;
nos llevan al
destino, perdidos
en el Ser,
como lo estamos;
perdidos en la
propia casa,
y buscando la

vuelta a la casa
paterna.
No hay vuelta,
ésa es la verdad;
no hace falta.
Allí hemos
estado, todo el
tiempo,
el tiempo del
todo;
el tiempo es todo,
para nosotros.
Pero no para
Dios, que nos
sonríe,
más allá del todo,
en todas partes;
por eso, perdidos
y no,
extrañados.

Comienza con la
vuelta, con lo del
final
(así Hölderlin, así
Schiller, así
Kierkegaard);
todo busca su
lugar al caer la
noche,
poblada de
silencios
ruidosos,
que dejan advertir
la llegada del
Dios por sus
camino,
los caminos que

anduvimos por el
día,
ahora dormidos.

33.

Hasta que llega
un momento
en que todo se
apacigua, se
serena.
Todo empieza a
ocupar su sitio
en el orden del
mundo,
se acomoda, en
su escaño o en su
silla
y ya nada más
brilla
como una
estrella.

34.

Averiendo la
nada,
estrujando el
abismo,
abordamos la
vida,
y en ella
navegamos,
a pesar de que
acumulamos
muerte.

Por gratuidad se
nos dio todo,
la vida, el ser, el
árbol,
todo se nos dio
gratuitamente.
En gratuidad
avanzamos,
caminamos,
bogamos.
Ahí se da nuestra
gratitud.
Y es que en el
interior de todos
los relativos
rezuma el
absoluto,
abundante;
los relativos le
abren sus bocas,
anhelantes,
para ser llenadas.
Fauces inquietas,
nuestras palabras
quieren recibirlo.
Sale su grito,
como una acción
que creara su
propio ser,
como una actitud
que sola surgiera
y produjera
el ente del que
depende,
el ser en que
habita.

35. *Horror vacui*

Nuestro horror al
vacío
nos hace
imaginar
asideros, mitos;
poblar los
espacios,
como altar
barroco, de
santos,
de símbolos e
íconos, que nos
llaman,
que nos muestran
la analogía con lo
otro,
que tenemos
oculto, y nos
aquietan.
Que si es ángel, o
no es ángel, ¿qué
importa?
Es un anuncio,
evidente ya,
después de tanto
silencio que lo
ocultaba.

36. *Microcosmos*

Reposan a la
sombra de sus
nombres
las cosas
(O. Paz).

Facticidad de la
vida,
irrecusable,
innegable.
Y, sin embargo,
¿de ella brota
algún sentido?
Miramos y
moramos.
y esperamos.
Y ningún sentido
aparecía desde
ella misma.
La tocamos
con nuestra
imaginación y
nuestro intelecto,
con nuestra
pasión y nuestro
sentimiento.
Con ello brotó el
sentido,
como agua de
una piedra.
Y es que es
verdad,
las cosas están
dormidas bajo la
sombra;
pero llega el
hombre, y las
toca,
y ellas despiertan.

*37. De regreso a
ti mismo*

Si piensas salir a
lo otro,
no dejes cerrada
tu puerta,
déjala abierta: el
portón de tu
alma;
es la condición
precisa
para que puedas
volver a ella,
rehecho,
enriquecido,
como quien
vuelve
de hacer una
fortuna;
fue el contacto
con los otros tu
riqueza,
y ahora,
al navegar de
regreso,
te encuentras a ti
mismo,
esperándote en el
puerto,
distinto, ya otro,
irreconocible;
mas no por
desfigurado,
contrahecho o
viejo,
sino por estar

compuesto
de muchos seres,
ya no sólo de
uno,
ya no sólo de ti
mismo.
Sin perder la
unidad,
te has vuelto
muchos,
alegría de lo
diferente;
sin perder la ruta,
te has detenido en
cada puerto,
a brindar con los
otros,
y eso
es lo que te ha
traído de regreso.

38.

Por el tiempo que
pase
en esta vida,
como
revoloteando,
como sin darme
cuenta
ni fijarme mucho,
hablaré la
existencia, la
hablaré.

Al menos
así caminaré

acompañado,
caminaré la vida,
buscando
cómo pasar a la
otra,
el vado, el salto.

Eso será por el
prójimo,
y con él, en el
compartir la
angustia
y mitigar los
trabajos,
como un símbolo.

Como un símbolo
del otro.
(Pues el otro ya
de suyo es un
símbolo.)
Y es que el otro
es un símbolo, mi
símbolo;
y, como también
símbolo, yo soy
el otro.

39.

El sabio Nicolás
de Cusa
obsequió un
ícono a los
monjes,
de extraña
hermosura, en

verdad;
reconstruía los
corazones.

(El ícono provoca
no leve
estremecimiento,
nos hace
asomarnos al
misterio,
rebasar la línea
-transgresión
peligrosa y feliz-,
ir más allá.)

El ícono
obsequiado
hablaba con
trazos
y colores, hacía
presente la
alteridad, lo
diferente;
uno se conmovía,
sin poder evitarlo
y sin saber qué
hacer.

Sin embargo,
Nicolás de Cusa
dijo algo
aún más
estremecedor:
"Os doy este
ícono, hermanos,
para que no
olvidéis que
ícono de Dios

es cada cosa, por
pequeña y
por insignificante
que sea,
pues significa
todo en ella".

Y es que cada
cosa
es un trozo,
un fragmento,
arrancado de la
totalidad, y
encierra
el todo en su
potencia,
como en semilla.

(El ícono mismo
no dice cosas;
dice las cosas,
las cosas
mismas.)

40.

Oscura emoción,
que vienes
desde el fondo de
nosotros mismos,
descorres el velo
que cubre las
cosas, y nos
haces
el mundo
transparente.

¿A qué has
venido?
¿Qué pides de
nosotros como
pago
de esta lucidez?
No hay nada
que pueda
pagarla, todo es
regalo,
todo es don,
amable ofrenda
sin trueque.

Sabes del negro
regocijo, sabes
del gozo acre de
las imágenes,
íconos,
que se atropellan
en nuestra mente
buscando su sitio.
Alguna
vez las sacudiste
con fuerza
para quitarles
polvo, para
limpiarles olvido.

Alegría
subitánea,
momento vivo,
venido de
ninguna parte;
que retumbas en
mi alma
sin cómo ni
cuándo.

Tal vez presencia
de un Dios no
totalmente
presente,
presente a
medias, semi-
escondido,
sonriente en
medio
de las cosas
mismas.